

Rosario Umaña y las fértiles diosas

OLGA LUCÍA RIAÑO

El camino que conduce al taller de Rosario Umaña Montoya está lleno de signos que indican la existencia de un lugar de especiales condiciones. Unos tótems muy interesantes van señalando la ruta. También hay animales en cerámica, figuras, máscaras y flores. Cada objeto, hecho con maestría, desvía la atención a islas sembradas de plantas nativas, taxonómicamente marcadas, señal indiscutible de que estamos en una reserva natural a la que se le presta el debido cuidado. Rosario está al final del sendero, junto a su taller, acompañada de Ricardo y de los juguetones perros que tienen la certeza de que quien llegue a *La Cueva*, su casa, solo puede proporcionar amor.



Al entrar al taller la sensación es inequívoca: la que se tiene al llegar a un santuario, no solo por la gran cantidad de diosas fértiles que habitan ese espacio sino porque allí el arte descansa en cada rincón. Nos sentamos en medio de las mesas de trabajo y la conversación se desliza entre estiletes, bocetos, tintes, trazos y recuerdos. En este mes de abril de 2023 Rosario cumple 80 años. Su atuendo, sus opiniones, sus sueños y su absoluta vitalidad develan una mujer actual y plena que ha comprendido los mensajes que la vida manda en cada alegre momento y en cada tropiezo. El pretexto para conocer esa historia serán sus creaciones.



Quizá por instinto, como «en el principio», la primera mirada que le damos al taller nos lleva a las diosas moldeadas por Rosario. Sensuales, divertidas, fértiles, inocentes y poderosas, con la esencia de lo femenino en cada una de sus líneas, su creadora se remite a las deidades de la prehistoria: «antes de que hubiera historia escrita, como lo evidencian los hallazgos de muchos sitios, excavaciones, tumbas, y sobre todo, curiosamente, en Europa Central. No se conocía el papel del hombre en la fertilización. Eran ellas las que daban a luz y parían; tenían los hijos, por eso son las diosas de la fertilidad y de la vida y lo expresan claramente con su cuerpo: los senos, el pubis, la cadera, la forma».

Al surgir la agricultura, se inicia la vida sedentaria, pues no se depende de la caza y de la pesca; en cuevas se arman hogares estables, la mujer toma el cuidado familiar y el hombre asume el papel del dios: «se pasa del poder de la diosa mujer, femenina, al poder masculino. El hombre también comienza la interpretación y la escritura de la historia. Desde su punto de vista, excluye a la mujer, que pasa a segundo plano; ella es la reproductora y quien manda es el varón. Dioses se vuelve hombre, castigador, vengador, guerrero, exigente; es más prepotente que omnipotente (...) Un total cambio de paradigma en la concepción de sí mismo: ¿Quién soy yo? ¿A quién venero?»

Esa descripción del devenir humano va perfilando el talante de la artista. Rosario llegó a la cerámica vía la sociología, el feminismo bien entendido y el trabajo comunitario; maternal y empoderado, con barro y con sus diosas entrega su mirada crítica de la historia.

«Me casé a los 18 años y a los 21 tenía dos hijos. Estudiaba sociología en la Javeriana, pero no terminé; siempre tuve el anhelo de hacerlo y un día, Guillermo Hoyos, el filósofo, me dijo: “Rosario, hay un proyecto, un programa a distancia. Eso es un invento nuevo para hacer una maestría y yo sé que a ti te encantaría”. Hice las entrevistas y me metí a la maestría. En ese momento vivía en Montelíbano [Córdoba, por cuestiones de trabajo de Ricardo] y la práctica que debía hacer era con la comunidad; ahí empecé a conocer a las mujeres locales: esposas de pescadores, campesinas, cordobesas maravillosas, costeñas, divinas; nos hicimos muy buenas amigas y empezamos a trabajar. Yo estaba desarrollando temas para mi maestría, y ese trabajo se volvió el centro de mi vida».



Mi deseo, desde siempre, ha sido el empoderamiento de la mujer, de la que sea, y creo que la vía es a través de la acción colectiva. Hablando con ellas empezamos una institución que se llamó *Casa de la Mujer del San Jorge*. Con un grupito fuimos a donde la alcaldesa —que no era elegida sino nombrada por la gobernación— y le dijimos “Liney, vamos a hacer la Casa de la Mujer del San Jorge; colabóranos”. Se quedó pensando y dijo: “Hay una escuela que no se está usando; está caída, pero se las doy”. Fuimos a esa escuela con machete y la arreglamos, le pusimos techo; participó toda la comunidad, las mujeres, hicimos invitaciones, venta de tutifruti para conseguir dinero... hicimos la Casa de la Mujer. Yo les decía que la liberación de la mujer empieza aquí y me tocaba el bolsillo. “Tenemos que producir. Debemos tener nuestro propio ingreso”. Entonces, unas querían aprender enfermería para hacer atención domiciliaria. Otra quería belleza para el corte de pelo, y otro grupo dijo que quería hacer cerámica. Les dije que lo primero lo conseguimos, pero cerámica... “yo no distingo la plastilina del barro, no tengo ni idea”.

Me contestaron: “Seño, eche, pues únase al grupo”. Empezamos a investigar. No había Internet todavía, era el año 1983. Conseguimos una mujer en Montería que había hecho cerámica; le propusimos que nos enseñara. Llegó a Montelíbano, consiguió novio y se quedó. Entonces empezamos a aprender juntas. Me enamoré de trabajo y seguí desde entonces averiguando, estudiando, aprendiendo, ensayando; siempre hay algo nuevo que se aprende. *La Casa de la Mujer del San Jorge* funciona hoy en día. Es un centro de empoderamiento; organiza talleres y reuniones, existe; es para mí un orgullo gigantesco».

De regreso a Bogotá, Rosario continuó con las clases de cerámica. Su profesor fue el fundador de la reconocida tienda *The Pottery*. Aprendió a manejar el torno y montó su primer taller en su casa de La Calera. El horno que la acompaña desde entonces lo construyó Jorge Pérez, el famoso artesano de Chía.

Tiempo después, Rosario y su familia se radicaron en Canadá. En el sótano de la casa organizó el taller y comenzó a dictar clases y a producir. Consiguió un trabajo con la ciudad en un taller de cerámica como instructora. Sobre ese oficio indica que «más que dar clase, es acompañar y mostrar la técnica: “Mire, esto sí lo hace así y lo une así y le aprieta aquí, no se le despega... Así como lo está haciendo, cuando se seque, se despega”, cosas así, pero la parte artística, la expresión, es personal». Los días pasaron y con ellos llegó el llamado de la tierra natal. «Vinimos a Villa de Leyva —cuenta Rosario— y nos enamoramos de estas montañas, de este aire, de esta luz» y se quedaron para asombrarse con los milagros cotidianos del arte y de la vida.

En la búsqueda artística de Rosario hay otra faceta: el dibujo, área en la que es autodidacta aunque ha contado con guías muy especiales: «María, mi hija, tiene un trazo y un dibujo maravillosos y me dio unas pautas de proporciones, de composición y empecé a hacer dibujos, retratos. María estudió pintura y es profesora de arte en la Galería Nacional de Canadá, en Ottawa; dicta talleres a niños. Entonces, ha sido mi maestra. Un día Marthica [se refiere a Martha Bohórquez] me contó que había un grupo de dibujo, que si quería participar; me sentí la más dichosa y la más feliz. Que quisieran incluirme porque ellas llevaban años ya reunidas; era un grupo cohesionado y yo soy mayor, no soy dibujante técnica y me fascinó». Trabajaban con modelos en vivo. Era una práctica de dibujo experimental; más una exploración interior que una técnica específica de proporciones de la figura humana. Buscaban la expresión. Otra gran contribución sobre el dibujo la recibió Rosario de su amiga Marta Combariza (1955-2022), profesora de arte, dibujante, escultora. «Ella venía mucho, mucho, y me decía que el dibujo no era una expresión de biología, ni médica, ni de anatomía. Es una expresión libre de tu ser plasmado en unas líneas, de manera que lo chueco es perfecto, porque esa es tu expresión».

Los recuerdos del *Grupo Experimental de Dibujo*, que se reunía una vez por semana, son muchos y muy gratos. La sede se rotaba por los talleres de las artistas integrantes; fueron ocho años de trabajo y Rosario participó en los dos finales y en dos exposiciones. La última de ellas fue *Vientos de Paz*, efectuada en *Tartas de la Villa*, una colectiva en la que también participaron Martha Bohórquez, María Teresa Reina, Adriana Quintero, Camila Duarte y Tatiana Bernal.

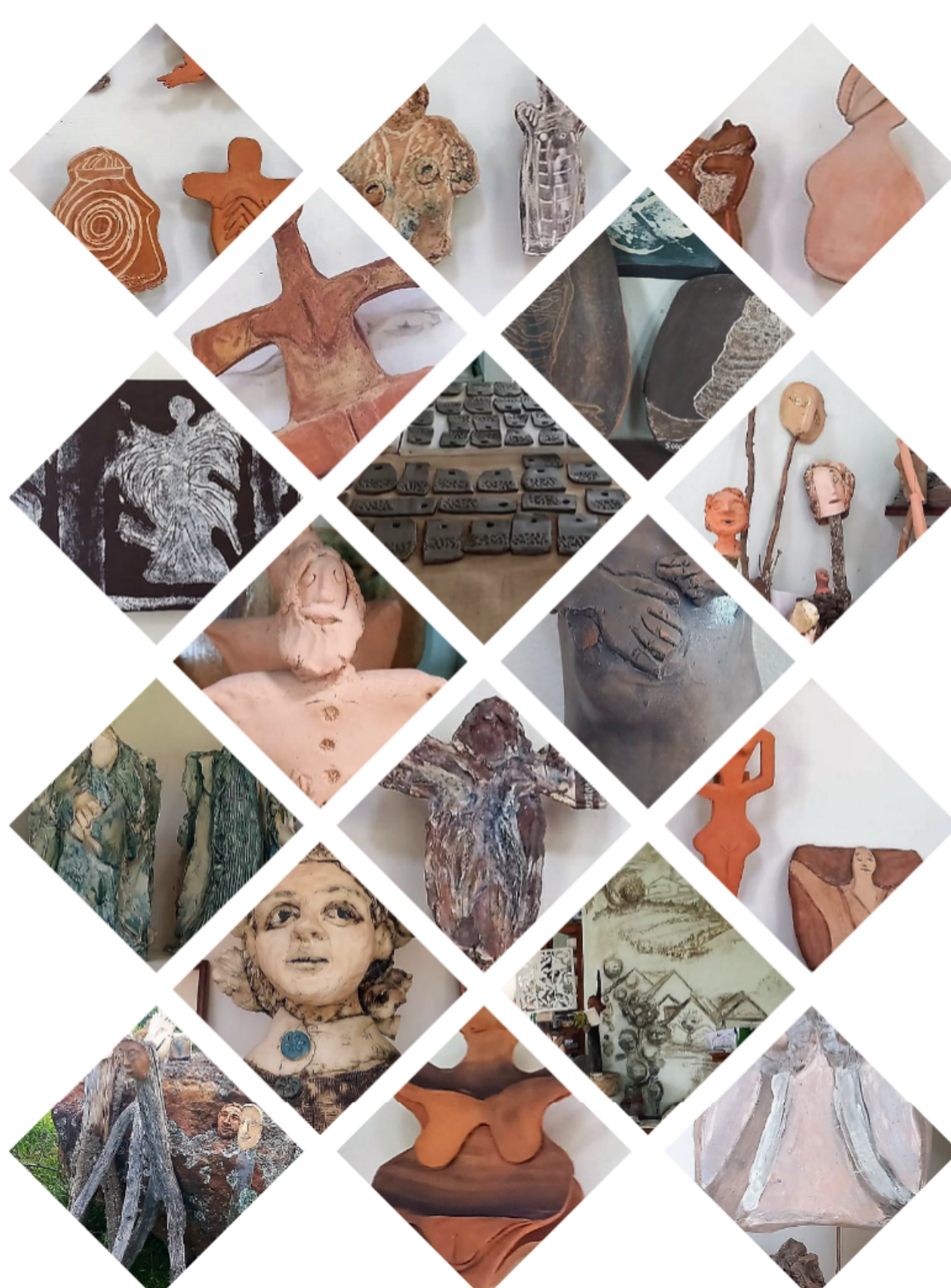


Retrato de Rosario, obra de su suegro, el maestro Ricardo Gómez Campuzano, uno de los grandes pintores colombianos.

Fuera del taller, hay dos labores que Rosario adora: cocinar algo que quede delicioso y cultivar, pero no solo la tierra; también las relaciones, la pareja, la familia, la vida. Al lado del taller de cerámica está el de carpintería de Ricardo Gómez, su cómplice. Hace 61 años que se casaron; tienen tres hijos y cinco nietos; cinco de Ricardo y Mary, que forman una familia compuesta: tres de él y dos de ella; dos de María y dos de Alejandro. «Ricardo y yo nos cultivamos, cultivamos el amor, la conversación; leemos mucho en voz alta, jugamos, escuchamos música; una relación muy bella tenemos», y así se percibe al estar en ese hogar en el que, en definitiva, se ha logrado, como dijo Clarice Lispector, esa «cosa clandestina que es la felicidad».

Galería

Clic en cada foto para ampliar



Siguiente →



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

Beatriz Camargo: “Soy una celestina del teatro”

ANA MARÍA ECHEVERRI



Con la certeza de que el macizo de Iguaque con sus lagunas es un útero que da vida, Beatriz Camargo se instaló frente a él hace 35 años, y a partir de ahí, este territorio ha inspirado todas sus obras. «Por algo, los muisca lo consideraron el útero de su cultura, que es la cultura del agua» —dice ella con absoluta certeza. Y esa agua se une en sus recuerdos con su primera infancia en Sogamoso, cuando su madre la derramaba calientica sobre ella a totumadas, en su baño matinal.

Este recuerdo aparentemente anodino, marcó el trabajo de Beatriz para siempre, ya que su madre murió cuando ella tenía 11 años y a partir de ahí su vida cambió totalmente. En ese momento perdió también a su padre, su hermano y su casa, pues se fue a vivir con su abuela, una tía y su esposo alcohólico. Se convirtió en la mejor de la clase y se volvió disciplinada y metódica. Según ella su vida se transformó en un desafío. A partir de ese instante, su madre, o LA MADRE se convirtió en su obsesión. La ha buscado en las diosas de la mitología universal y también en las de toda América y Colombia, para plasmarla en sus obras de teatro.

Después de estudiar Filología e Idiomas por decisión de su padre, ya que ella «no tenía ni idea eso qué era», se topó con el teatro que se convirtió en su gran pasión, siendo ya madre de Beatriz Eugenia. Un día «vi un anuncio en la televisión que decía que estaban abiertos los exámenes para estudiar Arte Dramático, y aunque yo nunca había visto una obra de teatro, inmediatamente dije: “yo soy actriz”, pues me acordé de Lorca a quien había leído y releído, porque sabía que era la pasión de mi madre».

Así fue como Beatriz Camargo estudió con Carlos José Reyes y Santiago García. Fue actriz del teatro *La Candelaria* y militante fervorosa del Partido Comunista: pegaba afiches en las calles a las cuatro de la mañana y repartía el periódico *Voz Proletaria*. Después de algunos años se decepcionó, «yo soy Acuario, llego hasta cierto punto en todo lo que me meto y luego salto al vacío. Un día dije no más, a la mierda todo esto». Y así nació el *Teatro Itinerante del Sol*, con el que ha recorrido el mundo y con el que llegó a Villa de Leyva en 1988. Compró aquí una loma árida y pedregosa —que reforestó con plantas nativas— donde construyó *La Maloca*, un espacio sagrado y peculiar, que ha albergado todas sus obras y también ha servido como sede de sus «laboratorios teatrales» a los cuales asisten cada año alumnos y profesores de diferentes partes del mundo. Según Beatriz, la Maloca es una ofrenda a la laguna y al macizo de Iguaque. «La hice como una ofrenda».



Hoy cuando Cántara —nombre que Beatriz adoptó desde hace algunos años con el ánimo de «vaciar»—, ha decidido terminar esta nueva etapa en el Teatro Itinerante del Sol y mira hacia atrás, se encuentra con toda una historia llena de logros, premios y reconocimientos. Aparecen también en sus recuerdos más de cinco mil personas que han pasado por sus talleres, laboratorios, montajes y viajes. «Me encuentro además con una loma totalmente reforestada por mí con especies nativas, y siento la satisfacción de saber que la mayoría de las personas que llegan a hacer experiencias conmigo, quedan enamoradas del teatro. Soy una especie de celestina y esa es mi satisfacción. Se enamoran también de la búsqueda de la conciencia».



← Anterior | Siguiente →



Históricos

Descargar

[Quiénes somos](#)

[Cartas de los lectores](#)

[Suscríbete](#)

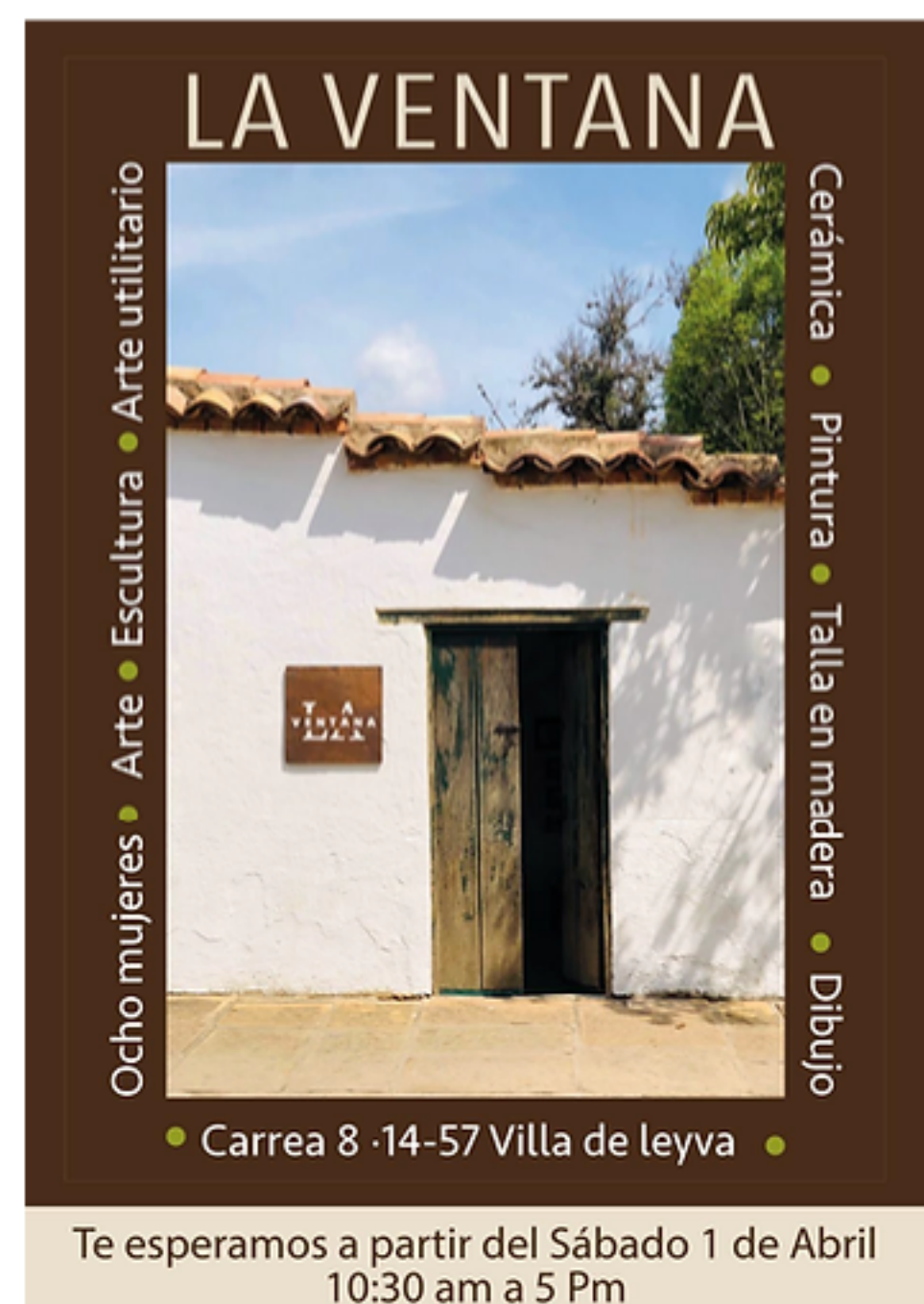
Abrió

La ventana

«Para los amantes del arte que apoyan hermosos procesos creativos: ¡abrimos *La Ventana!*»



Ocho de las más emblemáticas artistas del valle de Zaquencipá se han unido para sacar adelante este proyecto: que el público de Villa de Leyva y sus visitantes puedan acceder a su trabajo artístico, aquel que ellas hacen en sus talleres, en el campo, donde transforman «la materia con dedicación y amor, y traemos a la sala piezas únicas. Esperamos embellecer espacios y conectar con quienes aman el arte». Ellas son: Margarita Casas, Carolina Restrepo, Carmen Gloria Muñoz, Mariana Salazar, Martha Bohórquez, Chila Trujillo, Tere Reina y Natalia Matías.



A partir del 1 de abril está en funcionamiento *La Ventana*, en carrera 8 # 14 - 57, cerca al parque Ricaurte, en el sector del Instituto Humboldt. Se puede visitar de jueves a domingo, con horarios especiales para festivos.

← Anterior | Siguiente →



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

Patrimonio olvidado

Las esculturas en piedra de Santa Sofía

REDACCIÓN CONEXIÓN ZAQUENCIPA

En todos los lugares del mundo, los cementerios tienen una connotación especial, no solo por ser el lugar de reposo de los ancestros o por su concentrada carga mítica y religiosa. Ellos también son una especie de museo de cada lugar, porque guardan la historia, rememoran a quienes la construyeron, y, a modo de testimonio gráfico, sugieren el registro de las ideas de cada localidad.

En el valle de Zaquencipa hay doce cementerios registrados. Todos con un valor patrimonial reconocido por autoridades y habitantes. Uno de ellos, el Cementerio de Santa Sofía, nos ha llamado particularmente la atención por la belleza y maestría de las esculturas en piedra que posee. Son piezas, en su mayoría, elaboradas durante la primera mitad del siglo XX. Infortunadamente, los rastros del escultor o escultores que moldearon esas piezas no son claros y hay que emprender la tarea de rescatar tanto las obras como a sus creadores.

Llegamos al Cementerio por las pistas que encontramos en la bonita y alegre plaza principal de Santa Sofía: un obelisco que recuerda al general Manuel Briceño; el aguerrido león que, para algunos, representa el temple valiente de los habitantes del municipio y, para otros, nada menos y nada más, está allí, mirando hacia las montañas, para cuidar los nacimientos de agua que surten de vida a la tierra y a cada habitante de la población, y una tercera figura, de difícil interpretación. Preguntamos de qué se trataba y alguien nos comentó que una mandataria la había traído del cementerio y la había puesto allí, seguramente, suponiendo, admirado por la maestría de las piezas que reposan en el camposanto.

Aquí están algunas de las esculturas que mencionamos. Si alguno de nuestros lectores sabe o conoce a sus creadores, le agradecemos que se ponga en contacto con nosotros, porque no solo será un placer sino un honor poder recoger esa memoria.



Obelisco



La escultura rescatada del cementerio



El león guardián de las aguas

Esculturas

Clic en cada foto para ampliar



← Anterior | Siguiente →



Historicos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Susíbete

Néstor Mesa: Arquitectura de origen

OLGA LUCÍA RIAÑO

Hay un patrimonio que quizá tenga una condición necesaria para que todo lo que se deba preservar se conserve: el humano. Sin ese acervo, mantener, atesorar y legar las riquezas que se tienen raya en lo utópico y en lo impensable. Ahora bien, es un imperativo social arriesgarse a construir contemporaneidad con lo vernáculo, crecer sin destruir y progresar en un territorio en el que cada piedra tiene un valor histórico y cultural. Ese es el caso de los espacios del valle de Zaquencipa y de quienes tienen el reto de honrar lo que allí se encuentra.

En ese mismo sentido, fundirse con el entorno es quizá una de las claves de éxito de un buen arquitecto y eso es lo que ha logrado Néstor Mesa en sus dos décadas de trabajo por estas tierras. Sus recintos de adobe y cal, de maderas y piedras hacen que quien los visite sienta la colonialidad de Villa dwe Leyva en cada arista y en cada textura, sin que ello sea un impedimento para la creatividad y para el logro de espacios únicos, ajenos a una uniformidad artificial y sin recursos.



©Jaime Rodríguez

El origen

Tunjano, el padre de Néstor era matemático e ingeniero, y su madre, pianista. Ambos intelectuales, dedicados a sus oficios e intereses con mucha pasión. «Me crié en un ambiente muy conceptual, muy de artistas (...) De mis tres hermanos fui el que estubo en clases de pintura, de música, el que siempre estaba en esa búsqueda; me acuerdo de hacer unos dibujitos, hacía casitas de dos y tres pisos». De hecho, al terminar el colegio nunca se preguntó qué iba a estudiar. El padre de uno de sus amigos de barrio era arquitecto y fue determinante en la elección: «Trabajaba con estructuras y recuerdo las escaleras redondas y cosas así que hacía. Siempre que llegaba a la casa de mi amigo, saludaba y me iba corriendo a la mesa de dibujo del papá. Me sentaba y me ponía a mirar los planos y eso, para mi edad, era una cosa increíble (...). Entonces el viejo se dio cuenta, me decía: "chino, cuando quiera se sienta y mira lo que quiera; si hay rollos, ábralos"; fue una persona muy importante en ese proceso, porque me acuerdo de estar abriendo y cerrando planos y todavía hoy en día hago las texturas de piedra en los pisos, tal como veía que el hombre las hacía».

Terminado el colegio, Néstor viajó a Bogotá e ingresó a la Universidad Piloto de Colombia. «Me pasaron dos cosas relevantes, una que entré muy joven, tenía 15 años, y la otra que en el primer trabajo que hubo en el taller de diseño, que era hacer una composición modular, saqué cinco y llegaron personas de segundo y de tercero a mirar mi trabajo. Sin quererlo, en el primer semestre, me gané la fama de genio y me fue súper bien. Nunca perdí una materia. Para mí la universidad fue un goce. No tuve que guerrear con nada; fluía muy fácil y los talleres no fueron la tortura que son para muchos estudiantes. O sea, sí había tortura, pero la normal de la escuela: tres noches sin dormir, pero creando, creando».

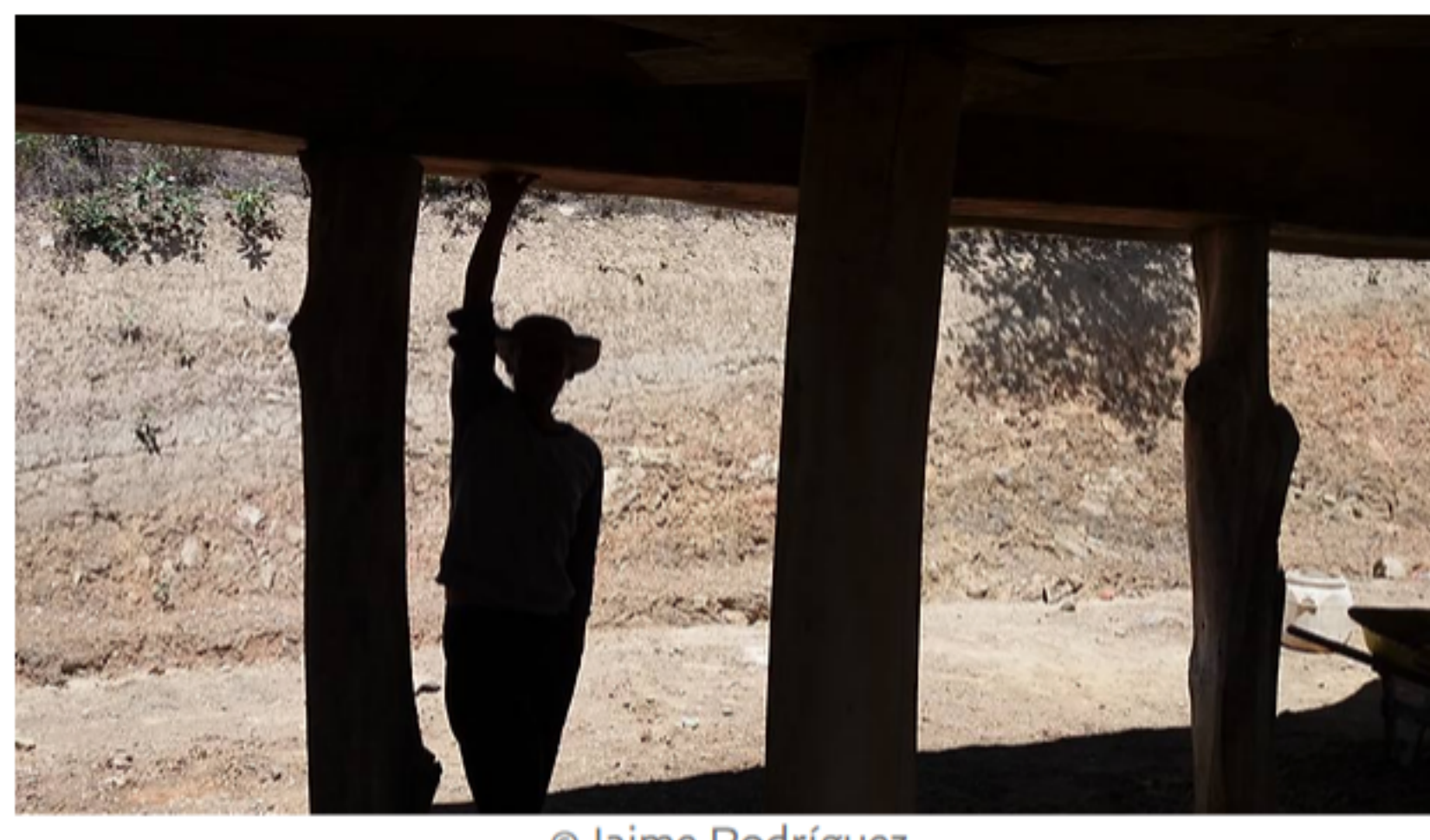
El trayecto de *Il Puntini*

La arquitectura y Néstor parecen tener un pacto secreto. Se busca, se alejan, se miran desde la distancia, y regresan para emprender un nuevo reto. En 1986 Néstor terminó sus estudios universitarios y al día siguiente de su grado, en una importante firma bogotana, había un letrero que decía: *Néstor Mesa - Director del departamento del diseño*. Con la humildad que conduce a la sabiduría, tenía la absoluta claridad de que a los 21 años, con la teoría fresca y la realidad lejana, enfrentarse al curtido grupo de albañiles de las tareas asignadas no sería nada fácil. Entendió que allí tendría maestros y que sería una oportunidad inmensa de aprendizaje: «Estuve encargado de dos obras, una en acabados y otra de cimentación. Ahí tuve contacto con la construcción. Aprendí mucho de hierros y concretos; era un chino recién salido de la universidad y mandaba como a 60 personas. Siempre he tenido un buen *feeling* con la gente. Recuerdo que pensé "no, no puedo llegar a mandar, no", así que le dije al maestro de obra: "Maestro, yo acabo de salir, me gusta todo esto, pero necesito que usted me ayude y me enseñe. Yo no tengo ni idea de nada". Cuando salía todo el mundo, el señor Merchán me llamaba y me decía: "Venga arquitecto. Este es el hierro de tal cosa. Esto se llama así"; los obreros me quisieron y me fue bien en la construcción. Tuve experiencias muy lindas».

Néstor es como sus materiales: cálido, colorido y excéntrico, característica que él define como «mis neururas» y que, sin duda, responden al genio creativo; es difícil que las ideas novedosas estallen cuando no se traspasa alguna frontera. Dicharachero y buen conversador, hacer amigos de los buenos es lo suyo, y esa cualidad ha sido, sin proponérselo, un puente fundamental en su vida.

Uno de sus grandes amigos, italiano, había regresado a su tierra y desde allí comenzó a jalarlo. Dos años después de haber entrado a su primer trabajo, Néstor levó anclas, vendió todo, con excepción de un Renault 4 que se quedó esperándolo, y viajó a Nápoles. Allí rápidamente la arquitectura lo encontró y a los muy pocos días ya tenía trabajo en un estudio. No era la idea, pero valía la pena la experiencia. Por ser extranjero y muy joven, lo retaron. Mientras todos trabajan en tecnigrafas, a Néstor le asignaron la tradicional mesa de dibujo: «Hacíamos carreras de dibujo y yo les ganaba con mi escuadra. Me pusieron a hacer los jardines de todos los proyectos de la oficina; entonces me la pasaba poniendo punticos en los planos. Me decían *Il Puntini*. Pedí permiso de poner musiquita en la oficina y les enseñé vallenatos. A los seis meses me dieron una casa para remodelar, la *Casa Vitelo* en Pompeya; me interesaba estar ahí. Venía de la formación de Bogotá y de hacer apartamentos en espacios restringidos, muy a contrario de esa arquitectura italiana en la que los baños tienen cinco metros por seis. Entonces me fajé un diseño y funcionó».

Trabajó por más de un año en varios proyectos, entre ellos, la fachada del acueducto de Caserta, la bellísima ciudad. En Italia, Néstor se enamoró de las callecitas pequeñas, las ventanas que parecen más cercanas a mirillas, las terrazas, y la destreza con que se trabaja el espacio exterior; al tiempo, el lenguaje medieval se había metido en su esencia creadora y lo iba a marcar en forma definitiva.



©Jaime Rodríguez

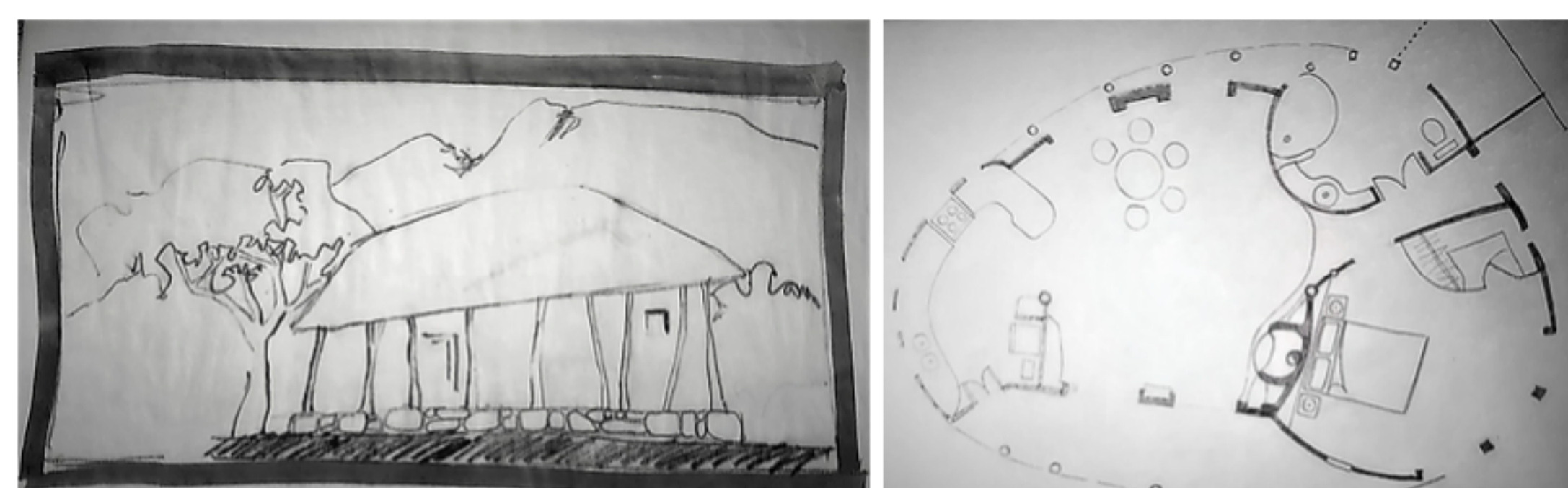
El entorno no es papel en blanco

Del último profesor que Nestor tuvo en la universidad recibió pautas determinantes. Era el profesor Marcantoni, «italiano, un *dandy*, un arquitecto muy prestante. Me enseñó algo que nunca olvidó: que todo tiene proporciones; "por ejemplo, si usted va hacer una casa, cogue las dos casas del lado, así no tengan nada que ver, estúdielas desde la geometría; deje de pensar que el papel está en blanco" y eso es clave para mí. Proporciono siempre; con la escuadra y el compás; verifico que sean proporciones áureas, que tenga una cantidad de cosas aplicadas a la arquitectura. Nunca existe un papel en blanco en la arquitectura. Porque sumercé llega a un lote y ahí pasa el sol; está el vecino, la topografía, la idea del dueño; un acervo de conocimientos».

No romper, no agredir con formas y diseños los espacios es el reto. En estos lugares nuestros, en los que la naturaleza se desborda, es imperativo que la armonía exista. El deseo es que sea ella la que haga parte de la vivencia diaria y no lo contrario. Los materiales, al tiempo, no deben tener pudor al mostrar la delicadeza de la rusticidad. La luminosidad, la intensidad de los colores que abundan en la tierra son también parte de esa estética. En lo urbano, el sello de lo colonial entremezclado con lo atávico y fusionado con lo actual marca la pauta para que lo patrimonial persista y se prolongue.

A mano alzada

«En mi estudio no hay ningún aparato; lo único moderno es el celular. Trabajo totalmente a mano; dibujo a escala. En este momento de mi vida se volvió algo importante recuperar la tradición; un plano dibujado a lápiz tiene textura, calidez. Hubo un cambio desde que aparecieron los aparatos; una uniformidad increíble. Yo creo que son las memorias que existen dentro de los aparatos; solo se abre el aparato y las cosas están ahí, mientras que cuando solamente alzas tu mano, el aparato es tu cerebro y tu sensibilidad y tu percepción. Al dibujar la casa, sale del interior, cosa que no pasa con un computador. En ese caso, he sido muy rebelde, pero muy concentrado en que la mano va directamente conectada a tu ser. Así, la casa se convierte en una extensión tuya.»



Yo ya no boceto; lo hago en mi cabeza. Me empiezas a hablar de lo que quieres construir y en la cabeza aparece una imagen. Cierro los ojos y me imagino la casa, la cubierta... eso empezó a pasar como a los 15 o 20 años de vida profesional».

La didáctica y la tierra prometida

De regreso a Colombia, asumió un nuevo reto: la cátedra en *Taller 5*. Fueron nueve años en los que dictó diseño básico, diseño experimental, apreciación visual y diseño interior. «dar clases, es lo mejor. Me trajo lo conceptual; el manejo de la geometría; la escuela. Preparando una clase se entiende lo que antes no se entendía».

De *Taller 5* se desprendió una etapa laboral que lo metió de lleno en el diseño de interiores: «Me asocié con Carolina Restrepo y vino otra parte que fue muy bonita, cuando fundamos *Arte Interior*, nombre que ella tiene todavía. Trabajamos en diseño de muebles, que fue corriente al diseño de interiores, pues los clientes que querían cambiar la sala, querían que les funcionara con el fondo».

No obstante, llegó un momento en que sintió que estaba *vendiendo* la vida. La agenda era tal que tenía tiempo libre dos o tres meses después de lo que pensaba. «Mandé todo al infierno» para que el «*hippie* espiritual» saliera y decidió ir a vivir con unos amigos a Subachoque. Allí en la montaña compró con su hermano Juan una finca y la remodeló y sin pensarlo estaba abriendo la puerta a una nueva etapa, tanto personal como profesional. La casa le gustó a todo el mundo y así comenzaron los encargos y el trabajo con arquitectura campestre. Por aquel tiempo llegó también a su vida Margarita Casas. El frío de Subachoque y el hecho de que la familia de Margarita tuviera tanto nexo con Villa de Leyva fueron los determinantes, y en el año 2000, hace 23 años, el valle de Zaquencipa se convirtió en su hogar.

Las casas y construcciones de Néstor son lugares para el disfrute estético. Comencemos por *Casa Quintero*, en plena plaza mayor, un lugar obligado para quien vive y visita Villa de Leyva. Señorial, agradable, con el adobe que respira tradición, la fuente colonial, las baldosas salidas de la greda del territorio, las maderas que se asoman, los rincones que se insinúan y la modernidad que no ofende. Un espacio para sentir que se está en Villa de Leyva y no en otra parte. No es una fórmula genérica, porque, como dijo el gran Gaudí: «original es aquello que vuelve a la simplicidad de las primeras soluciones».



© Margarita Casas

Las casas que ha construido en este territorio, por su parte, son personales y únicas. La naturaleza está impresa en ellas. Se siente que emergieron de la tierra, con todos sus atributos, y no lo contrario, como ocurre con algunas edificaciones que parece que las hubieran puesto en un determinado lugar por error. Su armonía con el hábitat no da pie a la duda. Las adornan geométricas líneas y ecológicos accesorios, elementales y, por lo mismo, fundamentales. Son bellas, exóticas, pero al tiempo atávicas y llenas de un pasado que no se piensa sino que se lleva muy en el interior, en esa memoria ancestral que todos tenemos pero que a veces, en razón a la sinrazón, ocultamos.

Así son las construcciones de Néstor, que prolongan lo que su cerebro concibe, que van de lo simple y original, en todo el sentido de la palabra, para que aflore la maestría y la posibilidad de disfrutar unos espacios que envían mensajes de diferencia desde lo atávico y lo natural.



← Anterior |



Históricos Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete